

EL DISCURSO DEL MÉTODO AL FIN PUBLICADO COMPLETO EN KRK

THE DISCOURSE ON METHOD FINALLY PUBLISHED IN FULL ON KRK

Daniel Moreno Moreno

10.26754/ojs_arif/arif.2024210481

Descartes, René (2023). *Discurso del método. Dióptrica, Meteoros y Geometría, ensayos de este método*. Traducción, introducción y notas de Guillermo Quintás Alonso, Oviedo, Krk, 517 pp.

Comenzaré estas notas cogiendo, como suele decirse, el rábano por las hojas. Efectivamente, lo primero que salta a la vista en esta magnífica edición del clásico cartesiano son sus aspectos más superficiales, que se imponen a la vista y al tacto, aunque, como veremos, no son tan inocuos como puedan parecer. En primer lugar, destacan el tamaño —158 × 243, cuando lo habitual en la colección Pensamiento de Krk es 110 × 170— y la calidad del papel, circunstancias ambas que permiten, por un lado, mantener la paginación de la edición canónica de las *Oeuvres de Descartes* realizada por Charles Adam y Paul Tannery (1897-1909) y, por otro, reproducir con gran calidad las abundantes ilustraciones de que consta el libro —sin desdeñar que, en la *Geometría*, las fórmulas largas caben y los ladillos pueden estar en su sitio—. Por cierto, un cartesiano, este sí superficial, podría preguntarse si son necesarias las ilustraciones para una filosofía “racionalista” como la de Descartes. Descartes así lo consideró, desde luego, y esta edición es brillante por el modo en que lo resuelve. En español, que yo sepa, solo hay un precedente: precisamente la edición de Alfaguara de 1981 que es la que ahora se rescata, aunque superándola claramente. Quizá se deba a las posibilidades de edición actuales respecto a los años setenta, que fue cuando el profesor López Quintás y Alfaguara acometieron la hercúlea tarea de dar a conocer a Descartes completo. En la edición de Krk se han reelaborado, con la ayuda de Guillermo Patiño, tal como se informa en Agradecimientos, la introducción, las notas y la bibliografía; mención especial merecen las notas, ya abundantes y muy aclaratorias en la edición de 1981, pero que ahora, aumentadas, llegan a ser apabullantes. Bienvenido sea por ello este esperado rescate.

El segundo aspecto aparentemente superficial es el del propio título: *Discurso del método. Dióptrica, Meteoros y Geometría, ensayos de este método*. Porque así es como fue originalmente publicado por Descartes en 1637, en francés, para que fuera leído también fuera de los círculos acotados por el latín, como explica el propio Descartes (p. 77). Sin embargo, la mayoría de los lectores conocerán seguramente la edición truncada del *Discurso del método* sin los Ensayos a los que el *Discurso* servía de prólogo. Descartes sería el primer sorprendido al ver circular su libro así de cercenado. Bienvenida sea, por tanto, esta edición completa.

Esta cuestión está muy lejos de ser baladí. Al contrario, señala directamente a una de las características —o paradojas— de la filosofía contemporánea. El propio Descartes se ha convertido en uno de los ejes de la Historia de la Filosofía pero pagando por ello un alto precio: todo su sistema ha quedado reducido a las cuatro reglas de su método y a la evidencia; como mucho, se suele añadir su teología, esbozada en el *Discurso* y ampliada en sus *Meditaciones de filosofía primera*. Pero, ¿qué ha ocurrido con el resto de la obra de Descartes? Aquí hay que distinguir dos cosas: que la parte científica ya no sea actual —salvo en Geometría— y que la parte científica no fuera fundamental para el propio Descartes. Así, en el discurso sexto, Descartes habla de la necesidad de hacer experimentos para hacer avanzar la ciencia, aunque “me doy cuenta de que poseen tales características y son tan numerosos que ni mis manos ni mis rentas, aunque tuviese mil veces más de lo que poseo, serían suficientes para realizarlos” (p. 65); y llega a pedir que le faciliten dinero y tiempo para poder hacer él mismo los experimentos necesarios (p. 73); tiene, por ejemplo, muy en cuenta las técnicas de los jardineros para trazar los jardines (pp. 166, 176); y él mismo inventó, describió y dibujó un “artefacto” (p. 212) y una “máquina” (pp. 217-9) para facilitar la tarea de los artesanos en el tallado de lentes. Así, escribe orgulloso al final de la *Dióptrica*: “espero que los inventos que he descrito sean apreciados por ser lo suficientemente atractivos e interesantes como para obligar a alguno de los espíritus más atentos e industriosos de nuestro siglo a dedicarse a su desarrollo” (p. 227). También, en *Meteoros*, recoge que construyó “una gota [de agua] de gran tamaño” para estudiar el arco iris (p. 325) y propone construir, para diversión del pueblo, varias fuentes que produzcan el arco iris (p. 343-4). Actividades todas ellas que no encajan mucho con la imagen idealista habitual que se suele tener de Descartes.

Él se veía a sí mismo, sin embargo, como lo que ahora llamaríamos un filósofo-científico, y estaba muy orgulloso de todos sus experimentos y de las múltiples observaciones que anotaba con la paciencia propia de un —¿dirélo?— “empirista”. Pero la filosofía se separó de la ciencia hace solo algo más de cien

años, fue entonces cuando se refugió en las cuestiones epistemológicas, ontológicas, estéticas y políticas dejando el resto de asuntos a las ciencias naturales y humanas. De ahí que *ahora* solo interese de Descartes una reducida parte de su sistema. Pero, para ser justos con él, está bien recordar, aunque sea de vez en cuando, que él era mucho más que lo que ahora se conoce y explica como “filosofía de Descartes”. Aunque lo cierto es que incluso quien lea la versión original del *Discurso*, incluyendo los Ensayos, se dará cuenta de que, a pesar de su amplitud, es solo un fragmento. Que la intención de Descartes era *explicar todo, absolutamente todo*: desde el caos hasta la luz, el sol, las estrellas, los planetas, la Tierra, las plantas, los animales, el ser humano y la inmortal alma. En efecto, Descartes no solo habla mucho en el discurso sexto del *Discurso del Método* sobre lo que *podría* publicar pero no publica sino que, por ejemplo, en el discurso quinto no puede evitar hablar de *su* explicación del papel del corazón y del cerebro, explicación que *no* aparece en los Ensayos —y que era el tema estrella de la época, abordado también por Miguel Servet en su *Christianismi restitutio* de 1553—. Afortunadamente se informa en esta edición de la próxima publicación del *Tratado del hombre* de Descartes. Será entonces buen momento para calibrar si la filosofía de la mente habitualmente atribuida a él se corresponde con la expuesta por él mismo. En cualquier caso, considero que a Descartes hay que conocerlo primero completo y luego, si no hay más remedio, fragmentarlo, pero estos fragmentos solo adquieren sentido estudiados desde el conjunto; de lo contrario se cae en el riesgo de componer un Descartes *ad hoc* en función del interés hermenéutico más a la moda.

Veamos pues la estupenda, y elegante, edición que Krk ha hecho de este clásico de la filosofía para comprobar que el sistema de Descartes es más amplio que lo que ahora se conoce como *cartesianismo*. Para ello, obviaré la parte más conocida de Descartes y me centraré en lo, digamos, reprimido por olvido.

La primera sorpresa nos la depara la *Dióptrica*. En efecto, ahí vemos a Descartes no siendo nada escéptico respecto a los sentidos, como podría esperarse, sino, más bien, intentando comprender su funcionamiento. Y exponiendo toda una teoría del conocimiento muy empírica, que no llamaré “empirista” por no provocar innecesariamente —*cf.* Daniel Moreno, “Gnoseología cartesiana”, *Laguna. Revista de filosofía*, n.º 40, 2017, pp. 51-68—. En cuanto a su contenido, la lectora o el lector encontrarán que Descartes habla sobre cuestiones tan curiosas y atractivas, entre muchas otras, como qué es un cuerpo negro, por qué en algunas ocasiones las balas de cañón no penetran en el agua sino que se reflejan hacia el aire, la anatomía del ojo —para lo que acudía al carnicero en busca de cabezas de animales, tal como se informa en las notas—, cómo tienen lugar las sensaciones

mediante los nervios, la cámara oscura como modo de entender la visión humana, por qué a veces vemos doble o nos parece que el Sol y la Luna son mayores en el horizonte, cómo pueden remediarse los defectos de los ojos de los ancianos, la explicación del telescopio —dibujo incluido—, la naturaleza de la elipse y de la hipérbola, la descripción de las lentes y cuáles sirven para quienes tengan la vista corta, cómo se han de tallar las lentes, hallando, por ejemplo, los focos y el vértice de la hipérbola o logrando que se correspondan los centros de dos superficies del mismo vidrio.

Así que cuando sabemos que un discípulo de Descartes, el luego famoso Benito de Espinosa, se dedicaba a pulir lentes, habría que alejar la imagen romántica cristalizada entre nosotros por J. L. Borges en sus dos sonetos sobre Spinoza donde este aparece meditando sobre Dios y el infinito mientras pulía lentes artesanalmente. La fabricación de lentes, como se ve en el Ensayo cartesiano, estaba entonces lejos de esa imagen. Era más bien un fructífero campo donde se daban la mano los artesanos y la ciencia, con la ayuda del propio Descartes; de modo que Spinoza, puliendo lentes, sería el equivalente de quien ahora se dedicase a una profesión puntera.

Mi Ensayo preferido, con todo, y el más divertido, es *Meteoros*, donde las ilustraciones son especialmente imaginativas y artísticas. Para entender la naturaleza del agua, la tierra, el aire y los distintos cuerpos, Descartes se los imagina compuestos de poros que contienen una materia muy sutil que no cesa jamás de moverse y que está compuesta de partículas desiguales, las más pequeñas de las cuales tienen menos fuerza para mover otros cuerpos, se encuentran donde las agitaciones de la materia sutil es mayor y no pueden pasar a través de algunos cuerpos, por lo que estos son fríos; su movimiento es mayor cerca de la tierra que en las nubes, en el ecuador que en los polos, en verano que en invierno y durante el día que durante la noche. Las partículas, por cierto, no son átomos sino que son indefinidamente divisibles. Todo un *deus ex machina* que le permite encontrar explicaciones *ad hoc* para los fenómenos más diversos. Aquí Descartes, el gran enfatizador del principio de la evidencia, se muestra sin rubor aplicándola a explicaciones nada evidentes. Paradoja.

Con estos principios, Descartes explica —sin ninguna referencia a la división aristotélica entre mundo supralunar y sublunar, tal como atinadamente apunta el profesor Quintás— los vapores, las exhalaciones, la sal, los vientos, las nubes, la niebla, la nieve, el granizo, la tempestad, el trueno y el rayo, la lluvia, los fuegos que brillan en el aire, el arco iris, el color de las nubes y el de los círculos o coronas que a veces se ven en torno a los astros, y de la aparición de varios soles,

como ocurrió en Roma el 20 de marzo de 1629, cuando se vieron cinco soles —aparición que Descartes explica orgulloso pormenorizadamente—. El *leit-motiv* que le mueve es manifiesto en la frase que cierra *Meteoros*: “Espero que quienes hayan comprendido cuanto he expuesto en este tratado nada verán en las nubes en el futuro cuya causa no puedan comprender fácilmente ni que sea motivo de admiración” (p. 366). De modo que la admiración es vista como germen de superstición animada por la ignorancia. Nada mejor entonces que estimular las explicaciones racionales y científicas para acabar con el necio asombro, cuando es necio. Ahí está el germen de la ilustración, cuyo precedente era el humanismo. Aunque el propio Descartes caminaba por un delgado hilo entre la ciencia y la superstición, como se ve en las páginas 321-4.

Pero no puedo pasar por alto una escena especialmente llamativa (pp. 298-308). Hablando de las distintas formas del granizo, Descartes quiere apoyar sus teorías con observaciones personales. Y cuenta que, estando él en Ámsterdam el 4 de febrero de 1635, granizó. Hasta aquí todo normal. Pero él se dedicó a recoger, describir y dibujar cada tipo de granizo: “entre varios millones de esas pequeñas estrellas que yo analicé ese día en aquel lugar y que tanto trabajo puse en observar” (p. 305), “aunque monté guardia expresamente, no he podido encontrar nunca dos unidas” (p. 301); tipos de granizo que él explica en función de la material sutil, el viento, el frío y el calor. De ellos “lo que más me admiró fue que entre los últimos granos que precipitaban, encontré algunos que tenían alrededor de su núcleo seis pequeños dientes, semejantes a los dientes de las ruedas de los relojes. Y esos dientes eran muy blancos, como el azúcar” (p. 299); y otro día recogió pequeñas láminas de hielo “talladas en hexágonos con sus lados tan rectos y los seis ángulos tan iguales que es imposible que los humanos elaboren algo tan exacto” (p. 3019). Sus explicaciones, por cierto, a la formación de esas formas rondan la poesía.

Finalmente, respecto a la *Geometría*, me acojo a la Advertencia de Descartes: “Hasta aquí he intentado que cualquier persona pudiera entender mis escritos, sin embargo, temo que este tratado solo podrá ser leído por aquellos que ya tienen conocimiento de lo que se expone en los estudios de geometría” (p. 168). Dado que me siento incapaz de seguir a Descartes en este terreno, solo recojo que trata sobre los problemas que pueden construirse empleando solamente círculos y líneas rectas, sobre la naturaleza de las líneas curvas y sobre la construcción de problemas sólidos o más que sólidos. Esta deficiencia mía me hace apreciar aún más las notas del profesor Quintás en este apartado y pensar que algo ha ocurrido en el nivel formativo adquirido por las distintas generaciones de profesores de filosofía en España.

Mi recomendación es que esta edición podría estar en cada universidad y en cada instituto o colegio de educación secundaria para que, cuando se hable del mini-Descartes de bolsillo con el que suele apañarse el profesorado, podamos al menos durante un rato “ver” o “contemplar” el libro en su conjunto, con sus bellas y complejas ilustraciones, y su empaque; el editor, por cierto, repite algunas de esas ilustraciones para ayuda del lector aunque eso suponga dejar páginas en blanco: toda una elección entre rentabilidad y excelencia. Tras ese disfrute, nuestra visión de Descartes quedará ampliamente mejorada y su sistema quedará restituido. La edición de Krk es por tanto bonita y oportuna, no solo porque es inencontrable sino por necesidad conceptual. Algo así se merece Miguel Servet cuya obra magna, *Christianismi restitutio/El cristianismo restituido*, está esperando también una edición digna.

Daniel Moreno Moreno
Traductor y profesor de filosofía retirado
dmorenom@acett.org